

SAMPLE
TRANSLATION

PETER SVETINA
EL ANILLO MÁGICO

PUBLISHED BY: VODNIKOVA ZALOŽBA (DSKG): KUD SODOBNOST
INTERNATIONAL, 2011

TRANSLATED BY: BARBARA PREGELJ

ORIGINAL TITLE: ČUDEŽNI PRSTAN

NUMBER OF PAGES: 35

Peter Svetina: EL ANILLO MÁGICO

Liudmila Krasinc se asomaba a la ventana abierta y miraba el puente.

¡Qué bullicio había ahí abajo! Llevaba casi un mes en la ciudad, pero no conocía a nadie. Bueno, para decir buenos días y qué tal sí que los conocía, pero no tanto como para entablar una conversación o ir con alguien de excursión. Cuando no se asomaba a la ventana, estaba tumbada en el sofá pensando por qué estaba tan sola.

Pero aquel sábado el bullicio de abajo terminó por seducirla. Bajó a la orilla del río, en pleno mercado de los sábados. ¡Cuántas cosas necesarias e innecesarias vendía la gente! Cuadros, discos viejos, zapatos gastados, perchas para sombreros, perchas para ropa, cazuelas viejas y joyas... ¿Y esto, qué es?

Anillo mágico. Eso era lo que se podía leer.

«Perdone», dijo Liudmila Krasinc, «¿es este un anillo mágico de verdad?»

«Eso es lo que pone, querida», respondió el vendedor.

«¿Y qué clase de milagros hace?», preguntó Liudmila Krasinc.

«Todo tipo de milagros», respondió el vendedor.

«Me lo llevo», dijo, resuelta, Liudmila Krasinc. Sacó el monedero del bolso y lo pagó.

Pero, ¡qué desgracia! Justo en el momento en el que iba a ponérselo en

el dedo, el anillo se resbaló de sus manos, cayó al suelo y empezó a rodar entre los puestos de venta y la gente a lo largo de la orilla del río.

«¡Ay!» gritó Liudmila Krasinc. «¡Atrápenlo! ¡Atrápenlo!»

«¿A quién? ¿A quién?», se dio la vuelta el organillero, que a unos metros estaba tocando su organillo. «¿Al ladrón? ¿Qué ladrón? ¿Dónde está? ¿A ver?».

«¡No! Es que se me ha caído el anillo», explicó nerviosa Liudmila

Krasinc, y empezó a correr detrás de él.

El organillero con su organillo se echó a correr detrás de ella. «¡Estoy aquí, detrás de usted, estoy aquí!»

Y Liudmila Krasinc y el organillero con su organillo corrieron detrás del anillo. Y mientras corrían, se cruzaron con un grupo de turistas con cámaras de fotos. Estos en realidad eran miembros de la Asociación de amantes de la ópera de Viena que antes de la sesión musical de la tarde estaban visitando los monumentos de la ciudad.

«Bueno, bueno, ¿pero esta no es Liudmila Krasinc, una conocida cantante de ópera?»

«¡Atrápen el anillo, atrápenlo!» exclamaba Liudmila Krasinc.

Los amantes de la ópera empezaron a correr detrás de ella para ayudarla a atrapar el anillo. Y corrían: Liudmila Krasinc, el organillero con su organillo y los amantes de la ópera con sus cámaras de fotos. Justo cuando llegaron corriendo hasta el puente delante del ayuntamiento, entraban a casarse unos novios con sus testigos y los invitados a la boda.

«¡Atrápenlo! ¡Atrápen el anillo!», gritaba Liudmila Krasinc.

«¿Qué anillo?», preguntó, confundida, la novia. «Pero, ¿le has dado el anillo también a alguna otra mujer? ¡Pobre de mí!». Y casi se desmayó. El novio le dijo que no le había dado el anillo a ninguna otra mujer y que ella era la única reina de su corazón, pero que estaría bien ayudar a una persona evidentemente en apuros. Y con sus testigos e invitados echaron a correr detrás de los corredores.

Y corrían: Liudmila Krasinc, el organillero con su organillo, los amantes de la ópera con sus cámaras de fotos y los novios con sus testigos e invitados a la boda.

El anillo chocó contra el borde de la acera, cruzó rodando el puente y por la ribera opuesta empezó de nuevo a rodar dando vueltas.

Allí había dos vendedoras ambulantes que estaban volviendo del mercado a casa, empujando un carro delante de sí.

«¡Atrápenlo, atrápenlo! ¡Mi anillo!», gritaba Liudmila Krasinc.

«Pues, los anillos no ruedan todos los días por el suelo», pensaron las vendedoras. Y empezaron a correr detrás de la fila de corredores.

Y corrían: Liudmila Krasinc, el organillero con su organillo, los amantes de la ópera con sus cámaras de fotos, los novios con sus testigos e invitados a la boda y las dos vendedoras ambulantes con sus carros.

El anillo rodó por debajo de las mesas y sillas de la terraza de un hotel en la ribera. El botones Nikolai acababa de bajar tres maletas, una bolsa y una caja de sombreros del carrito, y el camarero traía en la bandeja una taza de chocolate caliente para la señora Nabersnik y un vaso de vino para el señor Kosel. Los huéspedes empezaron a levantarse porque se habían dado cuenta de que se les estaba acercando de repente un grupo de corredores, y sin querer, un zapato tocó el anillo y lo empujó hacia delante.

«¡Atrápenlo, atrápenlo!», gritaba Liudmila Krasinc. Antes de que los huéspedes se dieran cuenta, el anillo los adelantó, al igual que a los corredores. Y detrás de ellos se fueron el botones, el camarero, la señora Nabersnik y el señor Kosel.

Y corrían: Liudmila Krasinc, el organillero con su organillo, los amantes de la ópera con sus cámaras de fotos, los novios con sus testigos e invitados a la boda, las dos vendedoras ambulantes con sus carros, la señora Nabersnik, el señor Kosel, el camarero con una taza de chocolate caliente y una copa de vino, y el botones Nikolai con su carrito.

El anillo chocó contra una farola, cruzó rodando el puente y por el mismo volvió a la ribera opuesta.

De la Plaza superior venía una mamá con su hija Maruska. Maruska en ese momento le estaba tirando de las orejas al conejo.

«¡Atrápenlo, deténganlo!», gritaba Liudmila Krasinc.

Cuando la mamá, con su hija Maruska y con el conejo vio el anillo, también ellos se echaron a correr detrás de los corredores.

Y Liudmila Krasinc, el organillero con su organillo, los amantes de la ópera con sus cámaras de fotos, los novios con sus testigos e invitados a la boda, las dos vendedoras ambulantes con sus carros, la señora Nabersnik, el señor Kosel, el camarero con una taza de chocolate caliente y una copa de vino, el botones Nicolai con su carrito, y la mamá con Maruska y con el conejo corrían para atrapar el anillo.

Pero antes de que lo pudieran atrapar, este rodó por debajo del puesto del vendedor a la orilla del río y ¡chof!, se cayó al agua.

Liudmila Krasinc y los corredores se amontonaron alrededor del puesto de venta mirando, estupefactos, la superficie del río por donde se alejaban los anillos del agua que había dejado el anillo al hundirse.

Fue Liudmila Krasinc la que primero recuperó el aliento, aunque hubiera sido la que más y con más prisa había corrido.

«Estimado señor vendedor», dijo alterada, «querido, como diría usted.

Me ha vendido un anillo, y me lo ha vendido como mágico. ¡Pero se me ha escapado y aquí, detrás de usted, se ha hundido en el agua! ¡Menudo milagro comprar algo que luego se te escapa! ¡Muchísimas gracias por ese milagro! ¡Esto es una auténtica estafa!»

El vendedor se acarició la barba y dijo:

«No sé qué decir... Pues estos anillos hasta ahora habían sido mágicos. Tenía una docena de ellos, bueno, justo este era el último, y hasta ahora siempre había ocurrido un milagro. Y ¿cuál era su deseo?» Liudmila Krasinc se sonrojó un poco y en voz más baja le respondió:

«La verdad es que estoy muy sola, y por eso deseaba tener amigos, y pensaba que con la ayuda del anillo sería más fácil...»

«Así que... amigos», respondió el vendedor. «¿Y... ha mirado a su alrededor? ¿Se ha fijado cuánta gente le ha ayudado a intentar atrapar el anillo?»

Liudmila Krasinc se dio la vuelta contemplando a su alrededor todas las caras jadeantes.

«¿No cree que entre ellos podría haber alguno?»

Liudmila Krasinc se sonrojó aún más mientras la gente le sonreía para alentarla.

Y así se quedaron en aquel momento. Sin palabras.